

LIBROS

Seamos lógicos

¡Ahí es nada, divulgar a Hegel! Victor Gómez Pin ha cometido la imposible tarea de resumir el filósofo más oscuro de la Historia en ciento treinta páginas furiosas (1). Pero Hegel, como alguna música, no es comprensible por medio de la glosa; para entrar en él es preciso sumergirse y bucear, fatigarse, aburrirse mortalmente. A Hegel no se le entiende, a Hegel se le fagocita. Los hegelianos no son filósofos en el sentido tradicional del oficio, son miembros de una secta y practican un arte. Su ambición es infinitamente soberbia, pues pretenden substituir al Dios que nos creó y mantiene las cosas en su sitio, mediante la operación de apropiarse su saber, su arte. Son Adán, Eva y la serpiente al mismo tiempo, pues toman el fruto prohibido y desafían a la divinidad, a conciencia de cuál va a ser el castigo. Y no temen ser expulsados del Paraíso, pues lo asumen como parte necesaria del saber: el mal, la muerte, la nada son la moneda que permite comprar el bien, la vida, el ser. El hegeliano verdadero entra en el Paraíso gracias a ser expulsado del mismo, trabaja la tierra sin renunciar al estado de naturaleza, todo lo entiende, todo lo sabe y todo lo posee. Es el amo del mundo y mueve la rueda de los días con expresión faraónica.

Pero todo ese poderío se funda en un castigo aceptado: que lo que es y lo que hay, lo que acontece y lo que existe, no puede ser ni existir de otra manera. La cruz no pudo explotar matando a los romanos que jugaban a los dados a su pie; era de efecto retardado y mató al cabo de los siglos a quienes ya no eran romanos, sino cristianos. La Revolución Francesa no fue una fiesta de la libertad, sino una verdad de la fiesta: el terror. No hay justicia sin muerte, no hay paz sin derrota, no hay felicidad sin fracaso. Al hegeliano le sostiene la asunción de la muerte, de la negación, de la nada. Sin ella no podría dar un paso, depende de ella: es su cautivo.

Gómez Pin, hegeliano donde los haya, se ha tomado el impropio trabajo de esbozar las li-

neas maestras de la Ciencia de la lógica, como un intento de dar lo más nuclear de Hegel. En lugar de fenomenologizar la lógica, como hizo Wahl, Gómez Pin convierte la Fenomenología del espíritu en un pretexto lógico. Esta preferencia determina el ensayo. Apenas hay en él recreación histórica o social de Hegel y el hegelianismo. A Gómez Pin le interesa sobre todo introducir al lector en las operaciones esenciales de la deducción categorial, los arcanos de su arte. Es, pues, un libro para iniciarse en la lógica hegeliana, y no exactamente en Hegel. Posibilidad perfectamente ortodoxa si uno considera que Hegel progresó con la edad: de joven "generoso" (como lo cali-



Victor Gómez Pin.



Hegel.

fica Gómez Pin) a viejo riguroso. De bailar por el triunfo de la Revolución a escribir los Principios de Filosofía del Derecho. Coherente con su posición, Gómez Pin afirma la maduración de un pensamiento que se vio obligado a recorrer figuras incompletas hasta dar consigo mismo. Ripeness is all.

A pesar de ello, es posible defender que hay otro Hegel, ese que Gómez Pin considera un fantasma juvenil del amo del mundo. En efecto, así debe de ser, pues las locuras de juventud se curan cuando el poder llama a su servicio; pero para el viejo Falstaff, el recién coronado Enrique V no es sino el

fantasma de su amado príncipe Enrique. Es cierto, sin embargo, que Falstaff está en claro proceso de regresión infantil.

En cualquier caso, nos las tenemos con un Hegel que afirma la absoluta necesidad de que todo cuanto fue no podía ser de otro modo, y todo cuanto será lo será por motivos fundados en razón. Panorama de extraordinario interés. Hay, empero, dos fragmentos del libro en los que Gómez Pin se aparta de tan extremada posición. Me refiero al exabrupto de sabrosa cólera triunfante por encima de toda racionalidad, contra los llamados "nuevos filósofos franceses", y al apéndice sobre un discurso del Rey Juan Carlos, cuyo patético intento por hacer coincidir las medidas conceptuales con la pasta viva en que estamos sumergidos muestra a un Gómez Pin que todavía no ha superado las bellas artes.

Como quizá adivine el lector, este pequeño ensayo es un auténtico hervidero de ocultas pendencias. Ante el chato panorama pensante que suele ser nuestro pan cotidiano, ejercicios como el de Gómez Pin suponen un auténtico festín. Y si debiéramos calificarlo del modo más exacto posible, del modo más laudatorio también, diríamos que se trata de un desvarío, ese desvarío por el que Gómez Pin pregunta en la página diecisiete. Quizá en contra de sus propios intereses, quizá a favor de los mismos, Gómez Pin saca las cosas de sus casillas: operación de lo menos hegeliana que quepa imaginar. ■ FELIX DE AZUA.

La dinamita del surrealismo

Al hablar de surrealismo, inconscientemente tenemos tendencia historicista: aquella escuela que puede considerarse concluida con la muerte de André Breton. Sin embargo, el surrealismo sería más bien una actitud ante las cosas que data de muy atrás y cuyas proyecciones hacia delante están muy lejos de haberse extinguido. En su forzosa brevedad, "El surrealismo" (1), de J. L. Giménez Frontín, viene a "contar" la historia de esos años decisivos en la cultura occidental y, a la vez, a señalar las conexiones surrealistas con no pocas posturas rechazadoras y revolucionarias que hicieron explosión a partir de los 60.

(1) El surrealismo, Colección Conocer, Dopesa 2. Barcelona.

Sin por fortuna entrar en farragosas disquisiciones terminológicas, Giménez Frontín indica que más adecuado sería hablar de "superrealismo", igual que "surhomme" se traduce por "superhombre": en efecto, el superrealismo o surrealismo nunca quiso situarse "al margen" de la realidad, sino intensificar las vías de penetración en ella, no limitarlas sólo al acceso desde "el exterior". Los surrealistas se aplicaron a tal tarea con lucidez despersonalizada, con insistencia proclive a lo científico, repudiadora de lo romántico. Aunque ello mismo lo practicaran con contradicciones, como lo evidencia su concepción mágica del encuentro, del "amour fou": y, sin embargo, la perseveración en esas magias la llevaron a cabo con circunspección investigadora.

Según el autor, el surrealismo no "sale" exactamente de Dadá. Dadá, esa "antifilosofía de las acrobacias instantáneas" —como se autoproclama—, no pretende trascender su tiempo



André Breton.

histórico, sino utilizar el sarcasmo y la provocación para demostrar la podredumbre de esta cultura y esta sociedad; no en vano es hijo directo de la guerra del 14. La figura de Tzara destaca inquietante a lo largo del libro de Giménez Frontín, si bien lógicamente quien se lleva el gato al agua a base de protagonismo, de contradicción, de búsqueda, de anatematizaciones e iluminaciones, es Breton.

No se trata ni de una apología sobre Breton ni de una "desmitificación" al uso. En las apretadas páginas de la obra, Breton aparece en sus mil facetas: autodidacta, poeta, mago, comisario político. La historia del movimiento surrealista es por derecho propio la de este hombre, y también la de las relaciones de este hombre con la Revolución y específicamente con el PCF. Cada uno de los

(1) Victor Gómez Pin, Conocer Hegel y su obra. Dopesa, 1978.